

Cultura y gusto al inicio del siglo XXI: sociología de la basura

Fermín Bouza

Al aumentar la educación popular
se ha verificado una aparente decadencia
del gusto popular.

(P.F.Lazarsfeld y Robert K.Merton, 1948)

Introducción

No podemos volver a reproducir aquel interesante, pesado e infinito debate sobre la sociedad de masas, la cultura popular, la alta cultura, etc, que hizo popular a los Umberto Eco, McLuhan, Enzensberger, McDonald, Bell, Mills, Adorno, Marcuse, Arbasino, Baudrillard, y toda aquella multitud de críticos divididos supuestamente en dos tribus que Eco definió como apocalípticos e integrados. En el fondo latía una cuestión moral típica de aquellos años: ¿es lícito ensuciarse las manos en esta *masscult* o debemos trabajar en alternativas culturales más críticas y decentes?. Era una pregunta de púlpito, retórica, que contenía una respuesta que no todos dieron: hay que trabajar en alternativas culturales críticas y decentes. Los que por ahí fueron no fueron a ninguna parte, ahora lo sabemos:

nació de forma indebatible (se generalizó, digamos) la cultura mediática, y la ciencia y la universidad continuaron, como siempre, gestando una cultura científica para uso propio sin trascendencia mayor al exterior. Por cultura se entendía ya entonces la clase de cosas de las que hablaban los medios de comunicación, y de la manera en que lo hacían. El Arte y la Literatura eran cultura, sin duda, y eran cultura mediática y mediatizada por los medios, pero raramente se entendía por cultura el desarrollo potente de una cultura científica como nunca hubo: nunca como entonces y ahora la cultura científica ha sido tan densa, intensa, extensa... Pero nunca, tampoco, ha entrado en el campo de la crítica cultural como cultura propiamente dicha (ni como cultura antropológica ni como acumulación de saber). El empeño en llamar cultura, en exclusiva, a aquel tipo de cosas que parecen configurar el gusto popular (un pseudoconcepto de cultura, que niquiera sería del gusto de muchos antropólogos) ha fundado el diagnóstico demoledor de los clásicos de los 40, 50 y 60 (y aún antes, claro: los clásicos de la *mass society*) sobre una sociedad de estúpidos crecientes sobre la que lloran unas docenas de intelectuales críticos en un cuadro de época que, visto desde hoy, semeja un dramón cutre-romántico al gusto decimonónico: ha faltado el pintor académico que nos deje esa escena. Desde entonces, los científicos no han hecho otra cosa que trabajar en sus áreas, y mejorar nuestras expectativas de forma notable. Los artistas plásticos, ciertamente, se han repetido mucho y han ensayado diversos caminos más o menos relevantes con grandes pretensiones metafísicas, alimentando a unos críticos cada vez más predecibles: el que está siempre evocando e invocando el chiste de Franco ante un Picasso: "qué cara, qué gesto" (le dice su apuntador)/"qué-carajo-es-esto" (entiende y dice Franco), o bien el supuesto especialista en estética, iconología, semiótica, etc, que aprovecha, con razón o sin ella, todo esto para meter toda clase de "cultemas": algo de Platón y algún apunte de Wittgenstein, en el afán de teorizar algo de lo que el Arte evoca en este complicado período de entresiglos.: ¿esto es *high-cult*?. También la literatura ha caminado lo suyo, pero quizá con mejor fortuna: finalmente, parece haber renunciado a cualquier pretensión de cambio, y las novelas se leen de forma fluída, sin sustos, al modo antiguo: una novela siempre será una novela, como si se hubiera aceptado definitivamente aquello que con evidente desprecio se llamó "la novela decimonónica". De la poesía (que fue el lugar en el que el gusto popular logró en otras tiempos sus más altas cotas) poco que hablar: ha desaparecido del panorama general como algo realmente existente, y los poetas son, definitivamente, unos excéntricos indignos de cualquier consideración.

Mientras esto iba transcurriendo, el pueblo llano se metía en la pantalla de la televisión y se instalaba allí, con la cabeza en el plató, y de ahí no lo sacaba nadie, ni los cultos sermones de los críticos, ni las prédicas de los moralistas institucionales, ni la guardia civil, que aprovechaba también un alto en el camino para meterse en la taberna y ver el Gran Hermano o cosas similares.

El sueño humanista de convertir a toda la humanidad en Erasmo de Rotterdam no ha sido posible. Y ahora, llegados a este punto, conviene encarar la dura realidad:

Millones de persona miran y admiran *Gran Hermano*

Y esto ocurre en todo el mundo en que este programa se emite. El argumento es conocido: unos muchachos de edades jóvenes o muy jóvenes son introducidos en una casa y se le ponen cámaras para observar sus movimientos, al tiempo que se le proponen ciertos juegos y metas. Los chicos y chicas, a su rollo o a su bola, como ahora se dice, se saltan programáticamente algunas normas escritas o no, y divierten a los espectadores con escenas procaces de todo tipo, incluido el sexo y las confrontaciones personales. El mejor valorado por el público y sus compañeros quedará solo y ganará el concurso. La competencia, el sexo y el dinero son protagonistas de un espacio de televisión del que uno de los psicólogos del programa dice

"No existe un estudio serio y en profundidad sobre el fenómeno Gran Hermano. Es un reto no recogido por los responsables de los estudios sociales. Hasta donde yo sé, existen en la actualidad cinco tesis doctorales en marcha relacionadas con Gran Hermano. Esperaremos a su publicación para escuchar, sea a favor o en contra, opiniones fundamentadas." (El País, 31/5/01)

Lo dice en el marco de un debate en el periódico El País con un catedrático de Psicología (Amalio Blanco) que se lamenta de que ésta, la Psicología, ande metida en estos andurriales del espíritu. Antes de empezar, este concurso se había planteado, por algunos de sus responsables, incluido este mismo psicólogo, como una "experiencia científica", y hubo que salir al paso, en los medios, sobre este intento de encuadrar un programa de TV en los episodios experimentales de las ciencias de la conducta. Pero era interesante aquel encuadre, porque evidenciaba una posición defensiva de la tv-basura ante la comunidad más crítica de posibles espectadores. Así, se adornaba aquello con la prestancia científica como si la ciencia fuera el aval de toda emergencia mediática. Evidentemente, no está de más que unos psicólogos, incluso algunos psiquiatras, atiendan a los concursantes. Falta les hace. Y esto no tiene nada que ver con el hecho de querer hacer pasar tal cosa por una "experiencia científica", aunque la ciencia, efectivamente, pueda estudiar tales cosas.

Pero el "trauma Gran Hermano" ha vuelto a plantear en España el tema de la *low-cult* o *masscult*, o de la llamada "cultura popular", o también de la recién llamada "cultura basura". La que normalmente se hace llamar cultura basura está muy lejos de tal cosa: es

una sofisticada reelaboración de la auténtica cultura basura (que no existe porque no tiene quien la nombre o asuma: lo peor de lo peor) para integrarla en un sistema de interpretaciones y elaboraciones que la encuadran en un movimiento cultural mas bien culto e incluso sofisticado. Dice Jordi Costa (autor de *Mundo bulldog* y del espacio *Vida Mostrenca* en El País de las *Tentaciones*):

"El secreto para formarse en el gusto basura consiste básicamente en dejarse llevar por el instinto, en no tener ningún miedo a rebuscar en las basuras, en no tener ningún miedo a disfrutar de algo que no esté legitimado culturalmente, y luego sobre todo tener cierto sentido del humor y cierta capacidad para disfrutar de esa obra desde la ironía y a veces también desde la complicidad. Intentando no reírse de ese determinado autor de una película basura, de una novela basura o de música basura, sino intentando meterse en su especial visión del mundo y disfrutando de ello." (*CONTRACULTURA*, el webzine, entrevista con Jordi Costa, 27-5-2000)

Esto debe más a la contracultura que a cultura basura ninguna. Por tanto, al hablar de cultura basura, vamos a prescindir de las elaboraciones cultas de algunas interesantes recreaciones de tal cultura, para ir directamente a la misma basura: al corazón de la cultura popular más extendida y potente, aquella que habla por si misma y no hay intelectual ni contracultura que la salve. Volveré al principio de esta reflexión: "Al aumentar la educación popular se ha verificado una aparente decadencia del gusto popular", dicen Lazarsfeld y Merton constatando de forma muy precisa la ocurrencia primera del fenómeno. Efectivamente:

La educación popular y el gusto popular

parecen estar en cierta contradicción paradójica que Merton y Lazarsfeld constatan. Hemos creído que la ilustración traería una mejora del gusto, y esto no ha sido así. A poco que conozcamos la historia del gusto y la creatividad popular, sabremos también, sin incurrir en mitificación y mixtificación alguna, que lo mejor de ese gusto y creatividad se producen en períodos históricos de casi absoluta ignorancia por el pueblo de la cultura culta de los monasterios y las universidades: es una cultura espontánea vinculada a necesidades telúricas de amor, alimento, clima, acción colectiva o acción divina, entre otras cosas. Y así, las fiestas, las comedias, los ciclos, la poesía, todo aquello eficaz para los fines colectivos, sobre todo colectivos, es el producto de la interacción vital de esas necesidades con la lengua propia y la capacidad creativa de los sujetos. Es una cultura activa, en la que lo popular es precisamente esa acción, esa actividad: el pueblo en marcha, digamos. Pero cuando hoy hablamos de cultura popular nos referimos a una cultura externa al pueblo que es disfrutada por este de forma que a algunos nos parece empobrecedora o sobrecogedora, mientras los lugares clásicos de disfrute (la música, el arte, la literatura) aparecen trivializados para ese consumo de masas. El pueblo, como receptor de la cultura popular (como *audiencia*, hablaré de este concepto), se nos aparece ahora más deleznable en sus gustos. Pero el pueblo ya no son las clases populares, como en la concepción clásica: el

pueblo es todo el mundo. En realidad, buena parte de los telespectadores de las mayores basuras son clases medias y altas, que no necesariamente diseñan desde su posición social de poder estos bodrios: el complejo industrial–mediático ha generado una nueva clase de ejecutivos del mal gusto que, aferrados a una concepción inmediateista de las audiencias, han generado una competencia por ese mal gusto a la caza de tales audiencias que ese mismo mal gusto ha ido creando: es un círculo vicioso. Estos ejecutivos conocen el nuevo orden de las cosas: el secreto de las audiencias. Y ese conocimiento los convierte en los nuevos augures del gusto popular: los magos de la tribu.

No podemos hablar, estrictamente, de cultura popular: apenas de usos y costumbres mediados o mediadas por los medios. Llegados a este punto, quizá haya que entrar dentro de ese nuevo mal gusto popular para entender la fuerza de su extraordinaria persistencia. Echar la culpa de todo a los medios de comunicación es una buena forma de eludir el problema: se presentan estos como dueños de las conciencias y, tras ellos, hay que suponer un demiurgo manipulando temas y programaciones para acabar con el gusto y la conciencia. Evidentemente, esto no es así, aunque esta sea la deducción más obvia y animista de las tesis más proclives al concepto de manipulación. Los medios lo han ocupado todo y son parte sustancial del nuevo orden cultural. Es evidente (dicho así a los críticos de la generación clásica) que pretender prescindir de ellos era algo así como prohibir la lluvia: un acto voluntarista sin mucho sentido. Pero sí podemos prescindir de la "cultura popular" que los medios crean y recrean. También podemos hablar de manipulación, pero

¿qué manipulación?

Cuando hablamos en general de los medios, el gusto, la manipulación, etc, parecemos atribuir a un sujeto carnal realmente existente el diseño de esa lamentable realidad. Lo cierto es que un complejo sistema interactivo, muy dinámico, va estableciendo ese gusto popular. Y ese sistema puede ser entendido como una máquina simple de reciclar basura para el consumo humano: una especie de gran artilugio de la ordinariez cuyo funcionamiento es, hasta ahora, impecable. Algo así:

consumo ∪ publicidad ∪ audiencia ∪ basura ∪ degradación cultural ∪ consumo

La parte más endeble es esa coimplicación **audiencia** ↔ basura que se da por cierta y que es, sin duda, un constructo externo que se introduce en la cadena de coimplicaciones como un hecho natural.

De hecho, grandes programas, series o culebrones, tuvieron muy buena audiencia (*Arriba y*

abajo; Yo, Claudio, etc). No es cierta la creencia implícita en la conducta de los ejecutivos del mal gusto: *cuanto peor mejor*. Esa idea de que un público degradado sólo acepta mayores degradaciones es una idea ideológica (integrada en una ideología), no una constatación. ¿Qué ideología?. Es difícil contestar a esto: la Iglesia, la Izquierda, la Derecha, las asociaciones civiles de diversa índole, etc, han protestado de alguna forma ante todo ese material de derribo mental del que disfrutamos. Cuando se retiró de Tele-Madrid el programa *Tómbola* la gente se dividió entre los que se alegraron y los basuristas libertarios (olvidémonos de los basuristas a secas), llamémosles así, como creo recordar que fue entonces la opinión del conocido columnista Eduardo Haro Tecglen, que se dolió de la retirada: libertad hasta para eso, podríamos decir que pensaron algunos. Bien, el programa no se prohibió: se retiró. Era una forma de asumir activamente las críticas que recibía. El programa era, digamos, la quintaesencia de la basura: insultos soeces, intimidaciones pagadas, humillaciones de diversa clase, etc. Y duraba horas y horas. Es cierto que algunos pudieron pensar, y no les falta razón, que lo que más molestaba del programa era su capacidad diabólica para reflejar la más cutre realidad de un país que quiere verse a si mismo con la cara mejor aliñada que ese gesto horterero y siniestro que le ponen los llamados "famosos", personajes de leyenda urbana de mínimo fuste: barristas de discoteca, pibas sin oficio, pícaros de toda laya y la patulea de reporteros que de eso viven.

¿Qué ideología?. Es posible que la manipulación sea sólo esa forma de pesimismo que subyace en el pensamiento de los ejecutivos del mal gusto, una catástrofe mental que acucia a mucha gente, y que tiene que ver con la falta absoluta de fe, no ya en Dios (tema clásico muy fuera de debate) sino en el mismo hombre: la irrelevancia de cualquier humanismo puede ser el rasgo más inquietante de nuestro tiempo. La manipulación proviene de una idea ideológica: el antihumanismo que anida en las ideologías más operantes. La derecha, claro, tiene parte principal en ese descreimiento, pero yo tampoco eximiría a la izquierda realmente existente. Voy a entender por humanismo no a un complejo modelo vindicativo del ser humano, sino a una simple y mínima reivindicación: existimos, merecemos algo más que un trato despreciable, somos algo, somos vida, al menos. Es difícil recuperar algo de esta mínima fe en las condiciones actuales.

El mirón solitario

Con este mismo título publiqué hace meses un artículo de opinión en El País cuya tesis central, que resume mi posición sobre algunos de estos temas, es la siguiente:

La vitalidad de la prensa del corazón y su invasión de numerosos espacios de televisión, la multiplicación de los programas de vidas encerradas en casas, islas o autobuses y la vitalidad en general de todo lo que nos lleva a los mundos ajenos parece ser un signo de la

soledad propia propiciada por la desaparición de las comunidades de todo tipo: vecinales, políticas, culturales, sindicales

(aquellos ateneos de barrio propiciados por la ilustración

obrera) y tantas otras" (29/9/00)

Quiero decir exactamente esto: hay un proceso (Tönnies) de liquidación comunitaria, consolidado en el siglo XX, que favorece *la búsqueda del otro perdido* en la ciudad y en la costumbre de la soledad urbana. Hay una economía de la búsqueda que los medios explotan adecuadamente, contándonos la vida de los otros. Y hay una institucionalización de esto en la prensa rosa, sensacionalista y amarilla, al tiempo que la televisión e Internet se suman al proceso.

Una buena parte de esta búsqueda se satisface en los programas–basura y en las revistas. De alguna forma, lo que llamamos basura ha alcanzado una funcionalidad que se ve reforzada en la *ideología del pesimismo* de la que antes hablaba.

Y así, si a la inercia del sistema mercado–publicidad–consumo sumamos la ideología del pesimismo y la búsqueda del otro, tenemos algunas bases para entender la cultura basura con la que estamos iniciando el siglo. Teniendo presente, sin embargo, que ya no estamos en la polémica del siglo pasado sobre los medios de comunicación: estos ya están en su sitio: son potentes e irremediables, pero ellos mismos no generan esta nueva cultura–basura de la que disfrutamos. Son sólo instrumentos de un complejo **sistema comercial**, de una cierta filosofía espontánea (**pesimismo histórico** de largas raíces) y de un vasto movimiento sociológico (**pérdida de claves comunitarias**) que nos lleva, de forma persistente, hacia una banalización tan grande de todo que a veces nos parece que algo sustancial está desapareciendo para siempre:

¿Qué es es lo que desaparece?

Desde luego, desaparecen muchas cosas arrastradas por los avances tecnológicos y vitales, y su desaparición es normal y no puede generar mayores angustias. Pero también parece irse de nuestro entorno vital un cierto sentido reflexivo y trascendente de las cosas, como si lo inmediato, el imperio del corto plazo y de la respuesta automática a los hechos, fuese la nueva y eficiente filosofía que subyace a cualquier otro aparente planteamiento ideológico: la filosofía de fondo de toda filosofía..

El descrédito, por tanto, del pensamiento como tal, de la invención creativa, del riesgo

indagador, de aquello que fue parte sustancial de las culturas anteriores, tanto en los períodos más clásicos como en los vanguardistas.

Se llamó a esto de diversas formas: posmodernidad, pensamiento débil, etc. Sin dejar de tener en cuenta estos y otros puntos de vista, y sin olvidar el fenómeno de fondo de la mundialización o globalización que tanta tinta consume ahora, quisiera plantear estos cambios en la perspectiva limitada de lo que se llamó la "cultura popular" y que hoy es un conjunto de *rituales de interacción vicaria* que vienen definidos por las tres patas de ese velador que trato de construir como paradigma analítico:

Sistema comercial

(rendimiento inmediato, publicidad continua, consumo sobreinducido)

Primacía del pensamiento pesimista sobre nosotros mismos: lateralización o descentración del sujeto humano

(pérdida de función de las capacidades creativas del ser humano, tanto en el papel de creador como de espectador o audiencia)

Movimiento de restauración de la comunidad desde el descenso de la interacción clásica

(búsqueda denodada del otro a través de la mirada mediática: el mirón solitario)

Así como hay rasgos definitivos del cambio social sobre los que no cabe mucho debate (la centralidad mediática, sobre la que giró la polémica clásica sobre la llamada "sociedad de masa o masas", polémica ahora irrelevante en la perspectiva del cambio consumado), sí es posible debatir e introducir cambios en el triple proceso económico–antropológico y psico–social que está propiciando una insalubridad cognitiva que parece llevarnos rápidamente hacia ninguna parte, entendiendo por ninguna parte ese paraíso de la inocencia absoluta en el que vamos entrando de la mano de esta nueva "cultura popular", que arriba he definido como "rituales vicarios de interacción", es decir: como en *The Truman Show*, un sujeto, que somos nosotros, interactúa con los demás de forma rutinaria en un contexto de manipulación asistida desde el propio sistema comercial, pesimista y de mironeo, sustituyendo a la interacción clásica entre sujetos activos por un permanente y frustrado intento de encontrar al otro en esta nueva ciudad en la que el reino de la basura es este espacio imposible de acción mutua: la basura percibida es la autoconciencia de esta

frustración.

La conciencia de las cosas

Es cierto que todo esto está ocurriendo también en nuestra conciencia: está ocurriendo de forma observada por muchos sujetos que ven sus evoluciones como Truman las hubiera visto si contara con un televisor adecuado para ver su propio culebrón. La mayoría de la gente sabe que está ocurriendo, aunque supone que está ocurriendo, sobre todo, a los demás: es lo que la investigación mediática llama el *third person effect*: las cosas que criticamos, esa vicariedad o falsedad de nuestras interacciones, ese mundo comercial–pesimista, ese paraíso de la inocencia, son cosas de los demás, porque nosotros estamos en la mejor situación para observarlo y estamos curados de espantos.

Bien, saberlo es controlarlo, en cierto modo, y en este sentido no es cierto del todo lo que dicen Lazarsfeld y Merton: la ilustración nos permite, si no vencer a esta "cultura popular", al menos conocerla y mirarla como si no fuera con nosotros. Lo que la ilustración popular ha conseguido es una cierta distancia de los hechos que aquí narro y, por lo tanto, una frialdad contemplativa que limita extraordinariamente los efectos mas perversos de este "mundo de Truman" del que estoy hablando.

No cabe entonces ser definitivamente pesimista: estamos ante un mundo de estas características, pero es un mundo relativamente observado: al fin Truman se ve (un poco, al menos) a si mismo, y acepta o no o en qué grado, la banalidad de sus movimientos.

Hay, por tanto, una complicidad, y esta complicidad, sin dejar de ser lo mejor que nos pasa, también es lo peor: como así, lo sabemos y, en cierto modo, lo aceptamos. Y esa lucidez nos salva y nos condena al tiempo. Pero nos salva: nos evita, probablemente, males mayores.

Recuperamos al sujeto, al hombre como sujeto, por detrás de esta complicada red de movimientos del alma y del cuerpo, del espíritu y de la economía. Finalmente, nunca hemos llegado a ser del todo como los clásicos se temían, unos imbéciles sin la menor conciencia de serlo.

La novedad ahora, gracias a una cierta ilustración popular en los países avanzados y semiavanzados, es que lo sabemos,

lo sabemos casi todo

de nosotros mismos, incluso nuestra desolación de mirones solitarios, de pesimistas antropológicos, de víctimas de un sistema implacable de ventas eficientes. Lo sabemos y jugamos. Ahora comienza a aparecer claro el estatuto *ludens* del hombre de principio de siglo: este nuevo *homo ludens* no es el de Huizinga: es un sujeto complejo que juega con sus determinantes, los transforma, los acepta, los aparca eventualmente y, al final, recupera

algo de su capacidad real de mandar sobre si mismo en este turbio juego de la basura aceptada.

Cabría preguntarse si esta semiaceptación de la basura es un buen negocio del alma para el nuevo habitante del siglo, el nuevo y perverso jugador que conoce, en parte al menos, sus miserias. Bien, en una primera aproximación, parece que esta aceptación del juego de la basura lo libera de un exceso de trascendencia que quizá el hombre decimonónico y aún el hombre de la primera mitad del siglo pasado tuvo que soportar, en medio de un mundo que le exigió un pronunciamiento definitivo sobre cosas tan densas como el sistema político, la moral común o el papel de la religión. De alguna manera este ser agobiado por ese cruce de interrogantes parece ser el antecedente de este frívolo mirón solitario cuyos usos y costumbres nos escandalizan o lo escandalizan a él mismo.

Probablemente, el que el velador con sus tres patas (comercio/consumo, pesimismo antropológico, búsqueda del otro comunitario) tenga muchas posibilidades de mantenerse un largo tiempo, está en parte determinado por este indudable cansancio histórico de un sujeto humano que sale del siglo XX con la sensación colectiva de haber sido exprimido por la realidad de una manera excesiva para que diera lo mejor o lo más reflexivo y trascendente de si mismo.

En cierto modo, la vieja *masscult* y la nueva cultura basura han llegado en el justo momento en que el sujeto humano estaba pidiendo un descanso. Los viejos sistemas filosóficos, las viejas ideologías, los viejos pensadores, y hasta los grandes centrocampistas y creadores del fútbol clásico, han desaparecido del mapa. Quedamos unos cuantos moralistas, generalmente científicos sociales (si es que se puede usar tan pomposo apodo) y algunos curas con debilidades filosóficas, que seguimos insistiendo en una cierta maldad del sujeto y del mundo. Pero el sujeto y el mundo van a su aire, jugando un juego complejo y confuso en el que no está nada claro el futuro (nisiquiera el presente), y en el que uno ya no sabe si es un vulgar delator hablando de estas cosas de su tribu o si, realmente, hay que pegar un clarinazo para generar la idea de que las cosas no van por donde debieran y hay algo que enderezar. En todo caso, debo confesar que me siento incómodo en esta situación, en esta basura, en este juego, y que añoro una cierta vuelta al pensamiento, al juego culto, a otra idea del mundo y de la vida. Pero esto es ya una mera confesión personal.